

EL AMBIENTE LITERARIO DE MÉXICO

Por Jaime GARCÍA TERRÉS
Dibujos de Juan SORIANO

PEDIR A UN ESCRITOR que hable de su trato con los escritores equivale, prácticamente, a pedirle una especie de autobiografía. * A través de las primeras, y de las subsecuentes lecturas, o mediante las diluidas enseñanzas de las tradiciones literarias, cuando no desde la cátedra, o en los contactos personales, son los demás escritores los que, en buena medida, forman y encauzan a cada escritor. La literatura es un mal que se adquiere por contagio. Y no se la concibe nacida porque sí, ni en rigurosa soledad. Un Robinsón que, en medio de una isla deshabitada, decidiera empezar a escribir, tendría al menos el auxilio invisible, indirecto, que le deparasen los almacenes de su memoria; escucharía sin cesar voces ajenas —anónimas a menudo, mas no por ello irreal— capaces de dictarle moldes y de sugerirle imágenes.

De otro lado, la vida literaria no es distinta de "la vida" a secas. Aquella constiuye, si se quiere, un aspecto de ésta. Pero hay aquí un todo indiviso. ¿Cómo decantar una lectura, de las experiencias que la provocan o que le suceden? ¿Cómo distinguir la admiración o la hostilidad hacia un poeta, de las propias inquietudes vitales que nos hacen preferirlo o relegarlo?

En consecuencia, de acatar sin reservas el tema común de este ciclo, la plática presente habría de prolongarse en forma desmesurada. Me vería yo constreñido a hilvanar incontables recuerdos, a rescatar huellas borrosas, a descubrir un vasto acerbo de trivialidades, bordando, por espacio de largas horas, el retrato de mis amigos, el rastro de muchos libros y de muchos maestros; releendo docenas de viejas cartas, y resumiendo mil aventuras cotidianas.

Huelga decir que esto no sería justo para nadie. Charles Péguy gustaba de situar en los cuarenta años la edad de las confesiones. Yo no los he cumplido aún. Sírvame tal excusa para diferir un relato injustificado en quien, como yo, se encuentra a menos de la mitad del camino de sus proyectos, con más sueños que raíces, con más esperanzas impacientes que frutos acabados.

Hoy hablaré de todo un poco. Sí, de algunos amigos, de encuentros y lecturas; pero no centralmente; sólo a manera de ejemplos o de fuentes de información, procurando examinar con semejantes ilustraciones ciertos asuntos que conciernen a la generalidad de los escritores mexicanos.

Me propongo formularme —y tratar de responder— una serie de preguntas: ¿Cuál es el carácter del escritor mexicano? ¿Cuál es la situación del escritor en la sociedad mexicana contemporánea? ¿Qué tareas competen por ahora a nuestros escritores?

*

Igual que en cualquier otra parte del mundo, en México no hay un tipo único de escritor. Basta citar unos cuantos nombres elegidos al azar —digamos: Alfonso Reyes, Octavio Paz, Juan Rulfo, Carlos Pellicer— para reconocer la indiscutible diversidad de temperamentos, de propósitos, de disciplinas. Conviene, pues, proceder con cautela, ad-

virtiendo desde luego que las que aquí se propongan serán generalizaciones mínimas, ninguna de ellas sin excepciones más o menos abundantes, y todas sustentadas apenas en una meditación premiosa.

Comenzaré, inclusive, por partir de esta misma diversidad. ¿No será, en efecto, el excesivo individualismo una de las notas distintivas de nuestro carácter? Sospecho que sí. Porque no se trata tanto de una diversificación natural como de un aislamiento. Entre nosotros,



los grupos suelen obedecer a meras coincidencias provisionales, o a una amistad que rara vez se traduce en auténtica comunión permanente.

Y es que, en rigor, carecemos de eso que podríamos llamar el sentido del diálogo. No somos dados a ver, ni en nuestros amigos ni en nuestros enemigos, posibles interlocutores. Departimos, sí, con unos y otros. Pero no toda conversación es diálogo, así como no todas las palabras que uno profiere responden necesariamente a una idea, a una deliberación sincera, a una voluntad de comunicación. Nos agrada imponer, mejor que convencer: gritar, más que expresar. Rechazamos la humildad del intercambio en aras de la vanidad del monólogo.

Semejante laguna, unida al culto a la improvisación que padece la atmósfera literaria hispanoamericana; mueve con frecuencia a los escritores de México a la construcción de edificios vacíos, verbosos y precarios; a la desconfianza —gratuita, ignorante— de los modelos clásicos; al repudio de la autocritica. Los hace anteponer el dogma a la razón, y las peores frases hechas a la experiencia dinámica del lenguaje.

Repito: no pocas excepciones pueden alegarse. Sin ir muy lejos, los cuatro nombres antes citados designan a escritores que han logrado superar el caos,

la verbosidad y la pobreza ensimismada del ambiente. Pero ellos, y los demás que sobresalen, son —precisamente— excepciones; árboles que presiden —mas no caracterizan— el bosque entre cuyos linderos habitamos.

Tan probable como la carencia del sentido del diálogo, es la falta de otro importantísimo sentido: el del humor.

Ya me parece oír el diluvio de protestas: "¿¡Importantísimo? ¡Bah!, el humor es una cualidad superflua, y no se relaciona con la cultura ni con el pensamiento. Además, los mexicanos tenemos un gran sentido del humor; siempre estamos diciendo chistes, bromeando, tomándole el pelo al prójimo..."

Y sin embargo...

No. El sentido del humor no es una popular habilidad para evadirse del mundo real a través del "chiste". Tampoco ha de confundirse con la burla, ni con la sátira. No es un frívolo "qué me importa" ante los agobios del prójimo. Ni siquiera es lo mismo que la ironía; aunque, cual ésta, tiene el rango de una actitud inteligente frente a la vida.

Tomarse en serio —escribe Jean Lacroix— es subordinarse a aquello que uno hace; perderse en la propia obra; rebajarse al nivel de un objeto. La ironía y el humor, en cambio, representan la supremacía del sujeto, la no sumisión al objeto. Ambos entrañan "formas intelectuales del desprendimiento" (*les formes intellectuelles du détachement*). Son dos maneras de estar interrogando constantemente, de convertir en problema (en cuestión) el ser, el valor, la jerarquía de lo creado; son dos ventanas abiertas a la continua rectificación, a la emienda incesante y perfecta.

Pero la ironía —razona Lacroix— arranca a menudo del orgullo, y puede desembocar en el desprecio. No en vano Kierkegaard temía que ella redundase finalmente en una "negatividad infinita", ya que el punto de vista de la ironía, en tanto que ironía, es el *nil admirari*, el no admirar nada, y, por consiguiente, el no entregarse a nada. Es preciso —para todo espíritu liberal y sediento de progreso— pasar por la ironía, experimentarla; pero también es necesario superarla, dominarla. Y este momento de dominio constiuye, justamente, el humor. El humor es un "desprendimiento" del mundo, no exento de simpatía, de tristeza, de amor. Es el amor, y ya no el orgullo, lo que, en definitiva, inspira el humor. Es un sentimiento de comunidad el que lo matiza y redime; un sutil trasfondo de adhesión, de voluntad participe. En el ironista puro hay siempre una amenaza de autosuficiencia, de incompreensión. El humorista ha triunfado ya sobre la ironía. No duda tanto como espera. Destruye sólo para desvelar los mecanismos más íntimos y más nobles de la conciencia y de la solidaridad humanas.

Claro que no es indispensable el sentido del humor para llevar a cabo una tarea literaria de primer orden. Diversas facultades pueden alcanzar a suplirlo. Con todo, el "tomarse en serio", la ausencia radical de una elasticidad anímica que nos permita elevarnos por encima de lo transitorio o de lo inerte, la imposibilidad de juzgar con libre vuelo y —con alada simpatía— cuanto acontece dentro o fuera de nosotros, constiuye un serio obstáculo al logro de una literatura trascendente y universal. Yo no sé si William Shakespeare hubiera llegado a ser el gigante que fue, de no

* Conferencia leída en el Palacio de Bellas Artes el viernes 6 de noviembre de 1959, dentro del ciclo "El trato con escritores".

haber poseído el don de la sonrisa. Pero si sé de fijo que la sistemática solemnidad que envuelve al escritor mexicano, aun —o sobre todo— al de cuarta o quinta categoría, le impide a menudo consumir una obra valedera.

El escritor mexicano vive sitiado —por así decirlo— en la preocupación de su propia relevancia. Se siente un poco el centro del mundo; o mejor dicho, siente que su obra es el centro del mundo, que de ella están pendientes millares de ojos. Y esta sensación lo orilla a tratar de caminar sobre un terreno seguro (el terreno de las frases adocenadas, de la “moral” aceptada, del dogma sancionado) en vez de luchar con la plenitud de sus energías por una continua renovación de su espíritu, por el redescubrimiento ininterrumpido de las verdades humanas, por el triunfo del hombre sobre la naturaleza y sobre las fuerzas que pretenden inmovilizarlo hundiéndolo en la auto-complacencia. La burla que practica es una burla solemne; y es una burla farisaica, porque aparece sólo como una forma de justificarse a sí mismo, porque en ella se salva dolosamente el burlador, su “rectitud”, su poderío supuesto. Nace de la “buena conciencia”, o, lo que viene a resultar igual, del resentimiento. Ignora que para dar lecciones hay, primero, que recibirlas, y estar dispuesto a seguir recibéndolas.

*

Ahora quiero abrir un paréntesis. Inquestionablemente, la imagen que reflejan mis palabras es una imagen negativa. Y tendrán razón quienes señalen que una caracterización justa debe tener en cuenta las cualidades positivas, además de los defectos, de las lagunas. Ocurre, sin embargo, que en nuestro pequeño universo nacional dista de ser una costumbre el reconocimiento de nuestras limitaciones. Y al contrario, la hipóbole, la enfática manifestación de las pequeñas victorias, son nuestro sustento de cada día. Si he optado por subrayar las deficiencias, ello ha sido porque estimo que ya es tiempo de quitarnos de los ojos las nubes balsámicas que los empañan. En la producción literaria de los últimos años se advierte el amanecer de una más vigorosa postura; los buenos libros se han multiplicado; nuestros jóvenes autores han empezado a ser traducidos a idiomas extranjeros. Pero esto, que puede entrañar el principio de un florecimiento, lejos de envanecernos, ha de despertar en nosotros la asunción de una mayor responsabilidad. Mientras no sepamos considerar nuestras condiciones reales, mientras no aprendamos a conocernos y a ponderar las causas de nuestras imperfecciones, nuestro paisaje seguirá siendo una vasta penumbra con algunos destellos dispersos y efímeros.

Por lo demás, no es mi intención la de formular un “yo acuso”. Examen de conciencia sería un rótulo más apropiado para estos comentarios. En todo caso, es bien traer a cuento la existencia de una multitud de factores sociales que determinan en apreciable medida la condición de los intelectuales mexicanos.

Pero antes de entrar en semejante materia, prosigamos explorando la fisonomía espiritual de nuestros escritores.

*

En ciertos países —desde luego en Francia e Inglaterra— es ya un lugar

común el referirse al mexicano como a un pueblo obsesionado por la idea de la muerte. Obsesión evidente si se atiende a nuestro arte popular, a nuestra historia cultural, a la temática perenne de nuestra literatura. En particular, lo que más sorprende a los europeos, es nuestra aptitud espontánea para jugar con símbolos funerarios: calaveras de azúcar, muñecos o títeres que representan esqueletos humanos, etc. Porque la preocupación de la muerte es un hecho universal. En cambio, la posibilidad de concebir y ejercer esa especie de coquetería con la muerte, jugando con sus signos, declarando implícitamente que el morir es una operación tan inocua como el retozar, como el distraer nuestros ocios con un pasatiempo cualquiera, reviste, a las miradas extrañas, una significación peculiar, intrigante.

A las miradas extrañas, y también a las propias. Sólo que estas últimas, cuando son sinceras, encuentran a poco lo que hay en el fondo de tal fenómeno. Así Octavio Paz ha podido descubrir que “la muerte mexicana es el espejo de la vida de los mexicanos... Calaveras de azúcar o de papel de China, esqueletos coloridos de fuegos de artificio, nuestras representaciones populares son siempre burla de la vida, afirmación de la nada e insignificancia de la humana existencia. Adornamos nuestras casas con cráneos, comemos el día de los Difuntos panes que fingen huesos y nos divierten canciones y chascarrillos en los que ríe la muerte pelona, pero toda esa fanfarrona familiaridad no nos dispensa de la pregunta que todos nos hacemos: ¿qué es la muerte? No hemos inventado una nueva respuesta. Y cada vez que nos la preguntamos, nos encogemos de hombros: ¿qué me importa la muerte, si no me importa la vida?”

Pero si al mexicano medio no le importa la vida, no por ello deja de tener que vivirla. Y para vivirla, en defecto de una significación intrínseca, se ve obligado a buscar agarraderas que le ayuden a recorrer el trayecto. De allí su propensión a todo género de supersticiones, su debilidad ante las mitologías que acaban por devorarlo e inutilizarlo; su fe ciega en “lo otro”, en cuanto no sea él mismo; su desesperada invocación de valores convencionales, que roza el fanatismo. De allí, parejamente, su agresividad (que es la otra cara de la inseguridad); su nacionalismo (que es la expresión paradójica de una sensación inaceptada de inferioridad respecto de lo extranjero); su inercia mental (que nace de su temor a enfrentar el movimiento de la vida y de la historia).

El intelectual no puede ser considerado, por supuesto, un mexicano medio. Sin embargo, la atmósfera espiritual que nos circunda es tan agobiante, y ha cristalizado en tantas instituciones tan diabólicamente sólidas, que una gran porción de nuestros intelectuales se doblegan ante ella.

Por un escritor que se atreve a ser, a plantearse problemas genuinos, a definir plenas realidades, hallaremos en México veinte o treinta escritores entregados a la consolidación de lo efímero, a la fortificación de la mentira, al cotidiano homenaje al mito, al auto-elogio sistemático, a la degradación de lo valioso y a la entronización del no ser.

Sí, también en este terreno la muerte mexicana es un símbolo. Y conste que no me refiero a esa *Muerte sin fin* expresada en uno de los poemas más her-

mosos de nuestra lengua, y que no es sino el ejercicio constante de una lucha contra la nada. La muerte que nos asedia es, precisamente, una nostalgia de la nada. Y por ello, más que un sentido de la muerte (que no se explica sin una adhesión a la vida) es una tendencia al *desnacimiento*, un querer no haber nacido, o mejor dicho, un no haber nacido del todo.

La creación es un acto de libertad, de afirmación de autonomía. No crea —con auténtica fuerza creadora— quien se halla asido de la tierra, de las circunstancias, del mundo en derredor, como de un vientre maternal infinitamente protector, perfecto en su tutela y, por tanto, no susceptible de ser criticado: pues toda crítica es una profesión de independencia y arriesga cortar aquellas ligas —aquel cordón umbilical— tan celosamente mantenido.

Quienes determinan el ambiente literario mexicano no suelen ver con buenos ojos que alguien experimente valores crecidos en los recintos de las literaturas extranjeras. Alegan la importancia de la tradición, como si la tradición fuera un huerto cerrado, incontaminado, no fertilizable por la absorción de otros hallazgos. Ignoran nuestros nacionalistas que la única tradición importante es la que cada uno recrea, revive, de entre la totalidad del acervo humano. Conviene así, no desvirtuarnos, no forzarnos a ser lo que no somos. Pero si no vamos a repetir a Rilke, tampoco —o menos aún—, hemos de copiar a Altamirano, o Payno o Cuéllar. De lo que se trata es de expresar lo que efectivamente hemos vivido y estamos viviendo, con ayuda de propios y ajenos, aprovechando las luces legadas por unos y otros. Debemos ser fieles a nosotros mismos y a nuestro destino solidario; he ahí lo que importa.

¿Implica algún demérito el que Joseph Conrad haya nacido polaco y escrito en inglés, incorporándose de hecho a la literatura británica? ¿Y el universalismo de Goethe? ¿Y los orígenes brumosos de Apollinaire? Lo importante en esos tres casos es la común fidelidad a la propia vocación, al margen del ámbito y de la tradición elegidos.

Hay que defender y reafirmar lo nacional, pero no en tanto que nacional, sino en tanto que humano. Todo hombre está necesariamente en alguna parte, en un sitio determinado. Se mueve dentro de un grupo de hombres; no puede estar al mismo tiempo en el mundo entero. Y esos otros hombres (sus experiencias, sus problemas, sus intereses) deben ser tenidos en cuenta por cada escritor; pero no porque son sus connacionales, sino porque son, sencillamente, sus prójimos.

Lo curioso es que, al mismo tiempo que decretamos a los cuatro vientos la necesidad de atender “lo mexicano” y sólo lo mexicano, descuidamos una tradición, ésa sí, esencial: la tradición de nuestro idioma. La lectura de los clásicos españoles, que son también nuestros clásicos, puesto que hablamos y escribimos en castellano, está relegada en México, confinada a la escuela, y prácticamente ignorada de la gran mayoría literaria. ¿Resultado? Descartadas, de nuevo, las excepciones, no hemos logrado aún dominar el manejo del lenguaje. Permitimos que éste se contagie sin cesar de impropiedades que lo rebajan; no sabemos en qué forma adaptar a nuestro español inevitables voces (neologismos) extranjeras; propiciamos, en

vez de impedirla, la corrupción del lenguaje del pueblo.

O bien, si creemos pertinente la revisión de los abuelos de nuestro idioma, lo hacemos de un modo estático, como si estuviésemos catalogando momias, fijándonos más en el accidente que en la sustancia, soslayando el mensaje fundamental —creador, permanente— que nos deparan. Así, hacemos a los clásicos odiosos a los demás; los trocamos... en eso: en momias, en fríos especímenes de museo.

*

Nuestra retórica es, aparentemente, muy complicada. Admite diversos matices; aparece ora dramática, ora frívola; ya plañidera, ya grave o dulce. Pero, como todas las retóricas superficiales, es nada más que un método, consciente o inconsciente, de ocultar la verdad, sustituyéndola con "estilos" insinceros y forzados. Nos han dicho que la literatura mexicana *debe ser* exuberante, salvaje, en estrecho contacto con la naturaleza que nos rodea; y dócilmente acertamos a hilar una serie de adjetivos, de truculencias, de irreales "realidades", que acaban por ser grotescos. Nos han dicho que la tradición mexicana exige preocupaciones de índole social (¡Ojalá que fuera así!), y consecuentemente apilamos "machotes" de discursos políticos; repetimos lo que comenzó a escribirse hace un siglo (o hace varias décadas al menos) y sigue siéndonos asestado; sin pensar un segundo en si los actuales problemas son los mismos; sin considerar las probabilidades de su contemporánea verdad histórica.

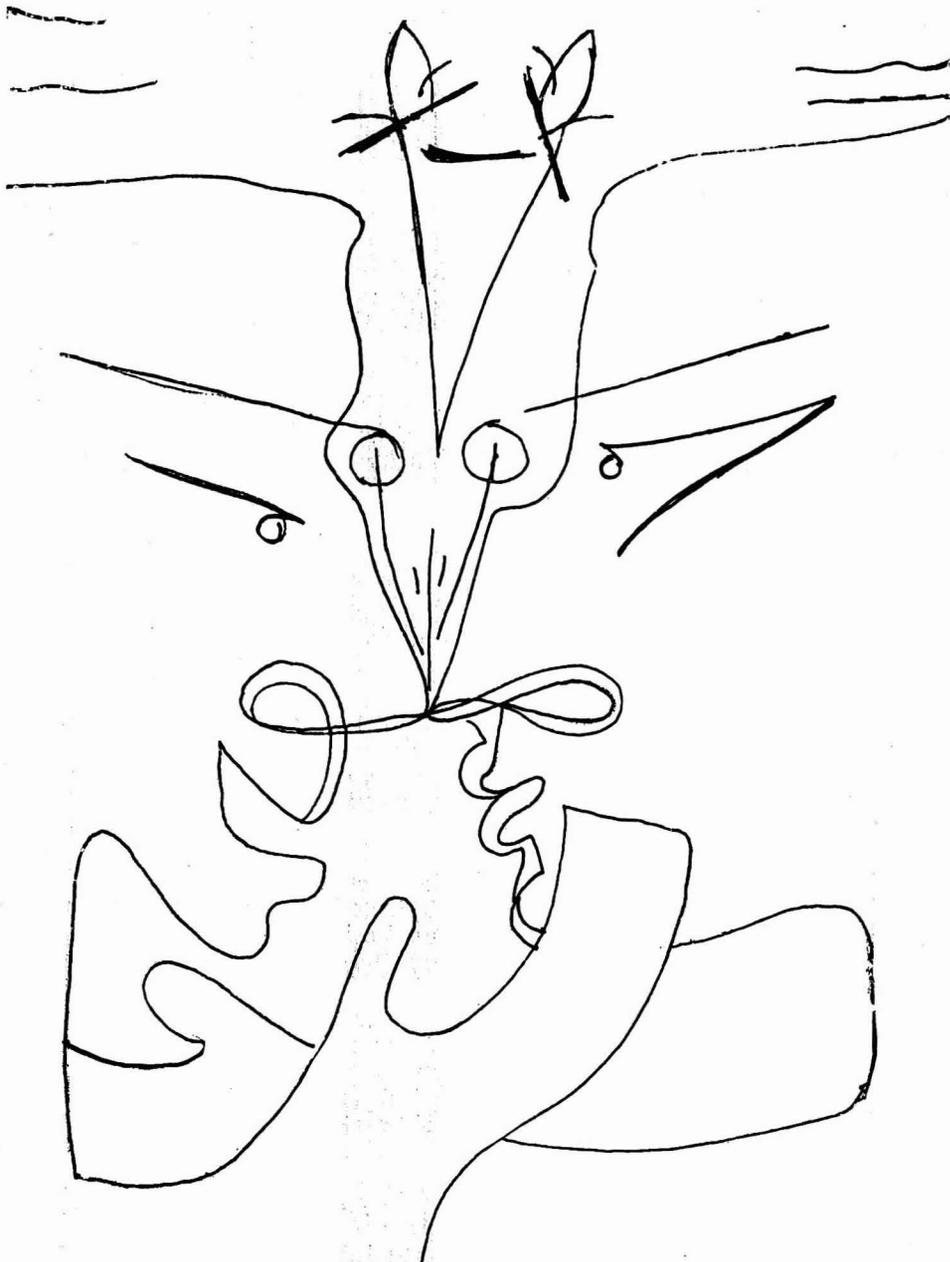
¿Cuántos de nuestros "escritores sociales" se han acercado efectivamente a nuestro pueblo? ¿Cuántos son sensibles a las verdaderas exigencias humanas de uno de nuestros campesinos, de uno de nuestros obreros? ¿Cuántos son capaces de prestar una voz universalmente inteligible a nuestra situación política? Sin duda, muy pocos. ¿Para qué se han de molestar en redescubrir lo ya infinitamente descubierto? Es mucho más cómodo seguir las fórmulas verbosas, "para todos los usos", de nuestros implícitos recetarios políticos y electorales.

Nuestros "escritores cristianos", por su lado, no son menos vanos. ¿Quién de ellos podría asegurar, como Bernanos, que ha vivido en carne propia cada una de las palabras que escribe? Son imitadores de Pemán, o de los imitadores de Pemán. Fustigan, anatematizan o encomian, lo convencionalmente fustigable, anatematizable o encomiable. Para ellos, el reino de Dios no está en el hueco de su mano, sino en los prontuarios que se les ofrecen por otros varones igualmente prudentes y rectos. Lo importante es velar por la decencia, preservar las "buenas costumbres".

Claro, después de todo, ése es el ejemplo que todos ellos ven dondequiera. A pasos agigantados, estamos construyendo una cultura hueca; una literatura de "escenografía", de pura apariencia; una doctrina política dictada por una *realpolitik* primaria e indigente. Y de esto somos responsables, no Fulano o Zutano, sino todos nosotros, toda la sociedad mexicana.

*

¿Y nuestra crítica literaria? Ah, ¿pero es que existe en México una crítica literaria? Sí, existe; por lo menos de he-



cho. Lo cual no impide que no sirva para nada. Cuando no el resentimiento, o el deseo de hacer favores a los amigos (dos extremos que se tocan), la inspira la impreparación.

Un crítico literario no se improvisa. La crítica es una disciplina que requiere disposiciones naturales, claridad de visión, ecuanimidad; conocimientos amplios y profundos, y no sólo de una literatura, sino de varias; un pensamiento congruente; cultura general, sistema, comprensión plena.

¿Qué encontramos en cambio, a grandes rasgos? Demagogia, gratuidad, incongruencia, incomprensión, temor de expresar la verdadera opinión, ausencia de fundamento, arbitrariedad, confusión, ignorancia. Un panorama contradictorio. Y estéril.

De vez en cuando, aparece un buen trabajo crítico —en pro o en contra de una obra—. Pronto se llena de impropiedades a quien firmó ese trabajo; por los amigos o los enemigos del autor en cuestión: depende del caso.

*

Ni el resentimiento ni el farisaidismo son cualidades peculiares del escritor mexicano; dondequiera se les halla. Pero es que aquí se les ha entronizado; se les ha dado carta blanca en varios principales instrumentos de expresión. No están mal los combates literarios; con frecuencia redundan en envíos de savia nueva a las

letras. Mas ¿a qué puede conducir la negación por la negación misma, sin argumentos honrados, sin tener nada que oponer a lo que se intenta destruir?

México es la tierra de los "antis". Hay demasiados antis y muy pocos pros. Encontramos anticomunistas, antiarte-puristas, antirrealistas, antisurrealistas, antirreligiosos. Incluso —lo recuerdo a guisa de dato de nuestro folklore— llegó en uno de esos años a aparecer una revista que tenía por exclusivo objeto el atacar a uno de nuestros más distinguidos escritores. En contraste, a la hora de exponer las creencias positivas, metas, ideales o principios, entonces nos quedamos perplejos. ¿Será que, como se temía Daniel Cosío Villegas en su "Crisis de México", somos más aptos para destruir que para construir?

Neguemos, destruyamos, que buena falta nos hace. Pero dediquémonos a la negación y al exterminio de los mitos, de las falsedades; y esforcémonos siempre por que nuestras negaciones sean correlativas de afirmaciones. Y comencemos la limpia por la propia casa, aceptando que somos falibles, y perfectibles.

*

¿Cómo son los escritores en otros países?

En Francia, a pesar de haber vivido allí durante más de un año, no traté personalmente sino a unos cuantos escritores franceses. (En cambio, conocí en

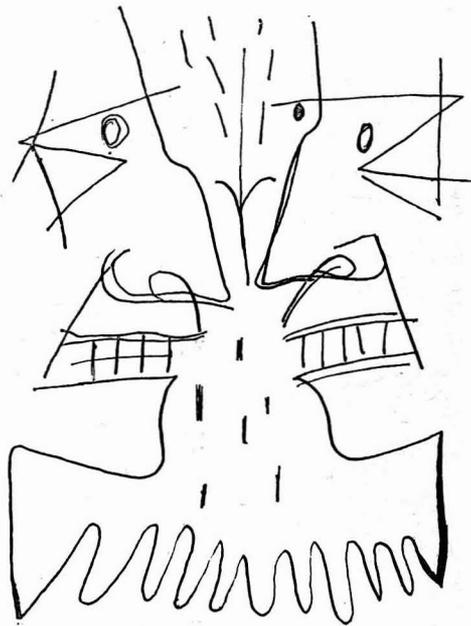
París a Octavio Paz, a la sazón segundo secretario en la Embajada de México; y, años antes de que publicara su primera colección de cuentos, a Carlos Fuentes.) Pero no hace falta el conocimiento personal de sus figuras literarias, para *experimentar* el ambiente literario francés; cada uno de los barrios parisienses constituye una reliquia literaria; aquí vivió Balzac, más allá Baudelaire; las sombras de Villon, de Flaubert, de Proust, de Apollinaire, ¡qué sé yo!, de mil más, lo persiguen a uno en las calles, en los jardines, en las tabernas. Y uno se da cuenta, a la vez, de que aquellas presencias latentes nutren y abonan la creación literaria. Las revistas especializadas son numerosas y alcanzan apreciables tirajes y una duración decorosa, cuando no prolongada. Los escritores, es cierto, aparte los autores de "bestsellers" (los Sagan, los Peyrefitte, etc.) no ganan mucho dinero; en todo caso escriben y publican en abundancia, y a no pocos de ellos se les dispensan atenciones insólitas en nuestro medio.

Hay también —¡quién lo duda!— poderdumbre, adulación y mezquindad; y frivolidad, y falsos ídolos. Pero las oportunidades para decir lo que se piensa no son escasas; los intelectuales no desaprovechan las tribunas, ni se dejan atemorizar fácilmente por los eventuales riesgos de la expresión. Hombres de la talla de Mauriac llenan con sus opiniones —certeras o no, siempre valientes—, las planas de los periódicos. Uno siente que, en mayor o menor medida, la inteligencia está viva y se mantiene operante. Las inconformidades se manifiestan; las aventuras se asumen; las palabras comprometen. Se estimula el comercio literario. Se propicia y difunde, por diversos canales oficiales, la literatura nacional.

Francia atraviesa en la actualidad por una época de evidente crisis. Sin embargo, en este México que sin cesar se nos presenta como tranquilo y estable, ¿sería posible la actividad de un Jean Paul Sartre, capaz de gritar sus verdades —si no siempre "la verdad"— caiga quien cayere? ¿Sería posible la edición de una revista como *Esprit*, aunque no oficialmente católica, sustentada por una mayoría de intelectuales católicos, y en cuyas páginas se comenta con serena audacia el presente político, filosófico y aun expresamente religioso? ¿Sería posible una actitud como la de todos esos intelectuales que han sacrificado seguridad y bienestar, por defender sus convicciones?

En París se incautan, con cierta frecuencia desdichada, libros y periódicos. En México, no... porque en México no se producen ese tipo de publicaciones "confiscables".

Inglaterra es otra nación de rico ambiente literario. En 1957 una generosa invitación del British Council me permitió incursionar en sus intimidades. Conversé en Cambridge con Kathleen Raine, Edwin Muir (el poeta escocés recientemente fallecido) y Willa Muir, su esposa; con John Halloway y John Press, ambos jóvenes, poetas y ensayistas, y tomé una copa de jerez en compañía del también hace poco desaparecido J. B. Trend. En Oxford hablé con Elizabeth Jennings, promisorio valor en la poesía de la última hornada, y con va-



rios estudiantes empeñados en labores teatrales. En Londres visité los innumerables departamentos del British Council y del Artes Council, y Stephen Spender tuvo la gentileza de invitarme a almorzar, en el Greek Club, "lo mejor de Inglaterra" (son palabras del anfitrión): ostrás y faisán. En todas partes encontré pareja hospitalidad, deseo sincero de oír críticas sinceras, un eficaz reconocimiento del rango de la cultura, curiosidad e interés por lo ajeno.

Inglaterra es uno de los pocos países en donde un escritor puede vivir, en exclusiva, de su pluma. Los editores están en condiciones de mostrarse abiertos y no regatean oportunidades ni siquiera a los poetas primerizos. Los grandes periódicos publican grandes suplementos literarios cada semana; suplementos equiparables a las mejores revistas. La radio y la televisión incluyen día a día programas culturales, en los que los intelectuales devengan honorarios más que decorosos. Varias instituciones descentralizadas se preocupan por el porvenir de los hombres de letras y propagan por todo el mundo sus frutos.

Y de todas partes del mundo, asimismo, se aceptan renuevos y lecciones. El *Times Literary Supplement* no tiene inconveniente alguno en reseñar, junto a los ingleses, libros extranjeros. Más de un volumen de autor mexicano ha recibido allí el justo comentario —apoyado en razones y no en prejuicios; distintivo de lo malo y de lo bueno, y no arbitrariamente unilateral— que en México no obtuvo.

En México no existe ninguna institución oficial, o descentralizada, que proteja sistemáticamente al escritor en tanto que escritor. El renglón del presupuesto dedicado al fomento de la cultura es irrisorio. Por educación se entiende, casi de modo privativo, la alfabetización; esfuerzo que estaría muy bien si fuera efectivo, y si a su lado se reconociera que la formación y el mantenimiento de una élite cultural es tanto o más importante que una vaga tentativa de enseñar las primeras letras a un pueblo por lo demás cargado de miseria. El Colegio Nacional es un organismo estático e insatisfactorio. El Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, a pesar de los buenos deseos de quienes lo manejan, apenas si cuenta con fondos suficientes para cumplir una

fracción mínima del programa que parecería señalarle su naturaleza.

¿Y en las otras esferas?

Nuestro periodismo es una empresa industrial, en la más estricta de las acepciones de esta frase. Si no cierra las puertas al escritor honrado, por lo menos limita fundamentalmente su libertad de expresión, condicionándolo a las exigencias dictadas por determinados intereses económicos. Los dirigentes de nuestra radio y de nuestra televisión sólo entienden el lenguaje de los pesos y de los centavos. Nuestra cinematografía, salvo las excepciones que todos conocemos, se ahoga en un estrecho mercantilismo. Nuestra sociedad considera que la cultura es un artículo de lujo. Para ella el escritor es un tipo curioso, fuera de la realidad y destinado —predestinado por sus inclinaciones masoquistas— a morir de hambre.

Y claro está: el escritor mexicano no hace fortuna... a menos de que deje de ser un escritor, o se burocratice, o siga puntual y ventajosamente las consignas de la retórica oficial, o supedite sus obras al mercantilismo ambiente, etc.

Pero no nos engañemos. Semejante deplorable marco sólo atenúa —no excluye— la responsabilidad del escritor. No todo en aquél es desfavorable para quien está dispuesto a cumplir su vocación. Si la situación es más dura, puede también, en cierto sentido, tornarse más fecunda. Sencillamente porque es una situación de lucha, y ésta es el mejor fermento para realizar una literatura viva. Lo que urge es no conformarnos; perseguir sin descanso la declaración de nuestra verdad; marchar a contracorriente, y no resignarnos a que nos arrastren las aguas turbias de la mediocridad y el disimulo. No permitir que nuestra conciencia duerma tranquila en el limbo de las frases hechas.

Ningún patrocinio, oficial o no, puede suplir la falta de voluntad productiva, la incapacidad de indignación. El hecho es que nos agrada encogernos de hombros, mentirnos a nosotros mismos. En fuerza de ser "realistas", nos hemos desentendido de la realidad. Lo mismo en la derecha, que en la izquierda, que entre los políticamente neutros (si los hay), la gran mayoría de los escritores mexicanos hemos aceptado durante largo tiempo unas cuantas fórmulas estereotipadas, como si fueran nuestra raíz y nuestro límite.

Demasiado cómodo resulta echar la culpa de todo a la circunstancia. Cualquier pretexto es bueno si justifica nuestra apatía, nuestro conformismo, nuestra perezosa repetición de recetas caducas e inoperantes. Nos consolamos pensando que no podría ser de otra manera. Y cuando alguno, por excepción, alza la voz e intenta llamar las cosas por sus nombres, nosotros mismos nos encargamos de recordarle que eso es un simple romanticismo adolescente, que hay que vivir con los pies en la tierra, y que toda protesta —o toda denuncia franca— es un acto de insufrible pedantería, producto de una mentalidad inmadura, si no de oscuros, escondidos rencores.

Tengo presente el cuadro de Irianda, que me pintó un día, en Dublín, el novelista Melvin Wall, secretario del Artes Council de la República Irlandesa. No hubiera podido ser más deprimente. Aquella tierra, grata y hermosa como

pocas; aquella gente, alegre y loca y profunda, se encuentran al parecer cercadas por un puritanismo fanático, por un clericalismo morboso que se complace en el estrechamiento de la vida. Las letras han de soportar el peso de una censura cuyos cerebros directores estiman —informes textuales— que Graham Greene es un peligrosísimo hereje, y que Georges Bernanos no estuvo nunca en su sano juicio. Por lo demás, Irlanda es un país pobre: (“Lo único que podemos exportar son irlandeses”, me decía un jovial universitario dublínense). Y sin embargo, Irlanda ha producido una de las literaturas más importantes de la edad moderna. Poetas como William Butler Yeats; dramaturgos como Sean O’Casey, Synge y Lady Gregory; novelistas como James Joyce; cuentistas como Frank O’Connor. (Para sólo mencionar a los principales entre los más recientes.) Todos ellos han debido sortear indecibles barreras y conflictos; algunos hubieron de expatriarse a fin de poder proseguir su tarea. El caso es que la gran literatura irlandesa está allí para demostrar el triunfo final de sus creadores.

Ahora bien, no pretendo que la situación irlandesa sea asimilable a la situación mexicana; ni que los elementos y los factores sean iguales en una y otra especie. Lo que sí juzgo probado es que, dondequiera, la circunstancia condiciona, tamiza, mas no determina

inexorablemente, ni cabe el usarla como una disculpa radical.

El impulso hacia la verdad y la belleza, hacia el enriquecimiento de la vida humana, parte —tiene que partir— de cada uno de nosotros. No lo consumaremos solos. Nuestras vidas se entretejen, se intercomunican de mil suertes. El universo humano es un universo de relaciones constantes. Pero aun condicionados, limitados —agobiados, si se quiere— son los hombres quienes hacen la historia. Y los hombres somos... nosotros. Yo, tú, él, ella. Nosotros. Todos, y cada uno. No valen fugas; no valen soslayos indiferentes. El hombre es un animal responsable. Si hay una culpa, ella descansa sobre nuestros hombros; y su peso no nos permitirá encogerlos.

Convengamos: no es buen escritor el que quiere, sino el que puede. Pero agreguemos, para ser exactos, que nuestro infierno nacional está empedrado de escritores que pudieron ser buenos, y no se atrevieron.

Hay más: a veces puede el que no lo pretende. La literatura mexicana contemporánea registra un caso notable. El de un antropólogo que se dio a redactar un documento fiel; un estudio descriptivo, al margen de las ambiciones literarias, de la vida en un pueblo indígena ignorado por muchos y explotado por unos pocos. Sin dejar de ser documento ni perder su fidelidad, el libro así originado trascendió las fronteras previstas, y,

andando el tiempo, se ha convertido en una de las obras más indiscutibles en la historia de nuestra prosa.

Me refiero, por supuesto, a Ricardo Pozas, autor del *Juan Pérez Jolote*, biografía de un indio chamula.

¿Es esto una casualidad? No lo creo. Veo en ello, al contrario, la confirmación de una antigua sospecha: No hay que pensar demasiado en la literatura al hacer la literatura. Tratemos de lograr una expresión honesta de nuestro ser, de nuestras inquietudes, del infinito debate humano en que nos hallamos situados. Tratemos de comprenderlo y de transformarlo, y lo demás vendrá por añadidura.

No. La cultura no es un lujo. Es una necesidad fundamental, y sus flaquezas son nuestras flaquezas. Cuando palidece es que no hemos sabido impartirle poderío. Su derrota será la de todos. Pero si despierta, será también que nosotros hemos despertado.

¡Y cuánto precisa México salir de su sueño, de ese letargo que lo congela y anula! Si no es seguro que el puro abrir los ojos nos redima, sí lo es que sin abrir los ojos, sean cuales fueren nuestras facultades, no iremos jamás a ninguna parte.

¡Abrir los ojos! Abrámoslos al presente y al futuro, renunciando a las sombras caducas que nos obseden. Abrámoslos a ese México nuevo que ya despunta en el horizonte y que un día no remoto se impondrá definitivamente. Que no crezca a nuestras espaldas. Florezca también en nuestra voz. Seamos heraldos de lo que viene, y no parodias anacrónicas de lo que fue; no testigos inmóviles de una lívida agonía.

Yo sé que no es fácil superar un ambiente hostil. Pero ¿desde cuándo la literatura trascendente se ha realizado sobre lechos mullidos? Vivimos una etapa dramática y no hay por qué abdicar de ese dramatismo. Sepamos estar a su altura, sin vanas evasiones ni trucos defensivos. Si aguardamos a que desaparezcan todos los obstáculos del camino, ya podemos continuar aguardando indefinidamente.

Hemos permanecido con los brazos cruzados. Presas de los matices crepusculares que nos envuelven como una maldición. Ha llegado la hora de hablar claro, con palabra rotunda.

Pero no confundamos la voz con la vociferación. Distingamos el diálogo, del impropio escueto. El grito es una simple máscara de una derrota anticipada. La pasión genuina no necesita de la interjección vana. Energía no significa demagogia. *G r i t a r* inarticuladamente equivale a confesar una ausencia de razón, o de razones.

No mayores vanidades, sino obligaciones mayores, corresponden a los intelectuales. Deberes de comprensión, de higiene espiritual, de solidaridad consciente. Deber de satisfacer las exigencias que reclama el momento actual del mundo entero, y, particular mas no exclusivamente, de esta pobre nación enferma que ya empieza a atisbar posibilidades de salud. De esta comunidad hundida todavía en mendaces brumas, en fragilidades grotescas; en ruidos que suenan a palabras, pero que nada dicen; en una pasividad moral disfrazada de cristianismo; en una rectitud de labios afuera.

Dejemos atrás a los fantasmas. Atrás a la inercia que nos solicita. Rompamos lanzas en contra de nuestra secular tibieza. Abramos, abramos bien los ojos,

